

Sentido de los albergues universitarios

El Sindicato Español Universitario posee una de las instituciones más formativas que pueden aplicarse al estudiante. Nos referimos a los Albergues de verano: Hasta que no obten-



gamos la plena convivencia del joven universitario dentro del recinto académico, este es el más perfecto sucedáneo. Es cierto que reunir en un lugar de grato ambiente a un grupo de muchachos para dedicarse con ellos, durante cierto tiempo, a una labor de tono intelectual, no es un hecho absolutamente nuevo. Sin embargo, las Universidades de verano liberales, poseen características radicalmente diferentes a las de los Albergues Universitarios que el S. E. U. hace funcionar durante los meses de verano. En aquellas no existía más que una pura preocupación de índole más o menos científica, alrededor de la cual se formaba un ambiente cultural de espíritu cosmopolita, con el que se pretendía organizar en todo el mundo la clase social de los intelectuales, independientemente de la patria, a la que pertenecían los miembros de aquella casta. En efecto: un pensador español ha escrito de la solidaridad existente entre los hombres del mundo que dedican su actividad a la cultura, superior a la que existe entre ellos y el resto de sus compatriotas. Esta tesis que, naturalmente, repugna a un intelectual que posea un sentido exacto de lo que es la cultura, fué vigorosamente defendida en las Universidades de verano que conocíamos en la España de la pre-revolución.

Nuestros Albergues Universitarios representan algo radicalmente distinto. Nos importa, sobre todo, atender a la formación nacional sindicalista de los que a ellos acuden, e interesa más que nada hacer en los camaradas de los diferentes distritos universitarios la sensación de la obra que, desde la hora de la fundación, estamos construyendo. Así el ambiente en que se desarrolla la vida en común, se caracteriza por su tensión política. En realidad sería un tanto pueril pretender en un corto espacio de tiempo y sin elementos de tipo científico, acometer una tarea puramente intelectual. La labor, pues, de estos centros veraniegos ha sido y será, sobre todo, social y política. En

ellos queremos que, debido al contacto de alumnos de distintas Facultades y especialidades, cada uno adquiera, hasta donde esto sea posible, los puntos de vista de que disfruta el camarada. Con ello se ensanchará el paisaje espiritual del joven universitario que, encerrado durante todo el curso dentro de los estudios concretos de su carrera, adolece de un excesivo e intransigente profesionalismo. No olvidemos nunca que la Universidad es un todo que, debido a la complejidad de la cultura moderna, se ha visto reducido a una serie de compartimentos, y que en nuestra mano está el que no sean estancos.

EL REY QUE ABDICÓ

(CUENTO)

Por JUAN CERVELLÓN

HE aquí la leyenda—no por ser legendario deja de ser verdad, pues son las leyendas cuna de lo verdadero—de aquel hombre que, solitario y meditabundo, vivió lejos del placer y consagrado a la abstención total y voluntaria del logro de sus ambiciones. Era un poco pesimista. Nada de lo que en el mundo sucedía lograba capturar su atención. Y por eso vivía alejado del roce humano. Alguna vez, excitada su curiosidad, la gente iba hasta la choza donde vivía para verle, pero casi nunca le decían nada porque, invariablemente, siempre contestaba lo mismo. Y los ancianos llevaban a sus nietos para que lo vieran, como si fuese una especie rara, algo fenomenal y fuera de la órbita de lo cotidiano.

Algunos le llamaban el rey loco; otros, el rey que abdicó. Era continuamente objeto de burlas y alusiones satíricas. Nadie consideraba admisible que pudiese vivir absorto y ensimismado tanto tiempo, pues pasaba horas enteras trenzando el hilo de sus recuerdos, sin pestañear siquiera, y, de improviso, daba expansión a su silencio con el temblor de un sollozo. Todas las flores le gustaban extraordinariamente porque allá en el fondo de su alma le recordaban a alguien. Y en el rincón más bello y lujoso de su choza y encima de una mesita, tenía un ramo de flores frescas y recién cortadas que con amoroso afán cuidaba de renovar cada día.

Las Armas y las Letras en los siglos imperiales

Los hombres que en el terreno de las letras tienen puesta su vista más allá de los confines a que en otros países querían encerrar la Literatura, ratifican su concepción universal con las armas

DESDE antiguo existía un sentimiento de responsabilidad nacional por el que España se sentía obligada ante el mundo en el cumplimiento de una misión. La misma guerra de la Reconquista cobra, desde sus comienzos, a ojos de los españoles, un carácter supranacional: no será su sentido principal el de guerra contra el invasor, sino más bien contra el infiel. Y durante siglos España ha de sentirse comprometida en esta empresa, y en ella persistirá, aún sintiéndose abandonada de todos. «Nadie sino Dios ayudó a los españoles», decía ya

la Crónica Silencio a principios del siglo XII. Es esta concepción, puramente medieval que ha de perdurar, a través de la Edad Moderna y que ha de contribuir a dar ese tinte diferenciador con respecto a las demás naciones, a la España de los siglos XVI y XVII.

La cultura española del quinientos y el seiscientos, se distingue, en efecto, por conservar viva la continuidad de ese pasado y por hacerlo florecer cuando las otras naciones lo habían ya olvidado, no dejando aquella política española de tener un fin extranacional, ni su arte un fin extraliterario.

La literatura española de nuestro Siglo de Oro, en vez de desvalorar y desprestigiar la vida real por engañosa y mezquina, la encarece con la fe firme de sus autores en las que la obra literaria se halla tan frecuentemente respaldada por empresas guerreras.

Cuando llegó la fiebre del oro en aquel país, todos los varones jóvenes y fuertes se lanzaron a la persecución del metal que había de darles inquietudes y satisfacciones, desdichas y placeres. El ni siquiera se enteró de nada. Y al preguntarle las mujeres y ancianos porque no iba a labrarse un porvenir como los demás, todo lo que pudieron arrancarle fué:

—¿Por qué quiero un tesoro si en un tiempo tuve el mayor que poseerse pueda? ¿Por qué quiero ser rey del oro si fui rey del amor? Dejades, dejades ir a ellos que no han reinado en el amor y no saben lo que es eso.

Fué todo lo que dijo que no hubiese dicho antes. Luego, ya, repitió invariablemente su misma cantinela de siempre.

—Porque yo fui rey del amor. ¡Oh, sí! El amor puro y sublime, alimentado y creciendo en el alma—guardiana de lo inefable—no en los ojos—guardianas de la impureza—. El amor, que vino a mi dulce y suavemente como la llegada del alba, cegándome con su divina claridad, para arrastrarme luego por la impetuosa corriente de sus aguas turbulentas y desbordadas. Yo he sido golpeado por el desdén y por los celos, más luego me acatibaban la fe y la esperanza. Mis labios han probado la amargura y la impaciencia de las largas esperas, pero luego se endulzaban con el goce de la presencia de la amada. Mi alma ha sido un reino donde, encerrado el amor, yo he reinado con pasión y cariño, junto a la imagen serena y pura de la que debía ser mi soberana.

Ella, la reina. ¡Ninguno de vosotros la habéis conocido! La amaba tanto que la hubiese querido junto a mí en un eterno duo de amor y de felicidad. Era su mirada un siglo de primaveras. La dulce maraña de su pelo castaño le caía por la espalda como un torrente alborotado de hebras de seda. Su rostro, suave y risueño y ovalado perfectamente, con la armonía de su nariz griega, era modelo auténtico para una creación de artista. La blancura de sus manos, admirable.

(continúa en la página 3)

El Renacimiento no fué capaz en España de romper por completo los cauces medievales, y por ello, el concepto que de la vida tienen nuestros escritores renacentistas y barrocos, nunca estuvo vacío de esta fe armónica que estima la tierra como obra no desligada del mundo espiritual. Pero esta metafísica se necesitaba de una contrastación real: «el prudente hace y calla», y Garcilaso, Cervantes y los españoles todos se lanzaban a las fronteras múltiples de España para con su sangre contribuir al mantenimiento de sus ideales. Y así los hombres que en el terreno de las letras tienen puesta su vista más allá de los confines a que en otros países querían encerrar la literatura, ratifican su concepción universal con las armas. Los escritores de estos siglos «visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio, y han por mejor padecer a estas cosas que padecer vergüenza», nos dice Fernán Pérez de Oliva. Y en verdad que estos soldados letrados fueron parte no despreciable, sino en extremo apreciada, en las jornadas guerreras de aquellos siglos.

En el asalto a Túnez por las tropas del Emperador Carlos V, cuenta Gonzalo de Illescas que, «fué mal herido Garcilaso de la Vega, y aún mortalmente si no le socorriera Federico Carafa, y fué menester que Su Majestad en persona saliese con sus hombres de armas al socorro, y aún se averiguado que peleó el mismo César valentísimamente». Testimonio evidente del aprecio en que un emperador español tenía la vida de sus poetas; bien es verdad que Garcilaso daba pie a esta actitud del César, pues en defensa de éste ya había sido herido en Orlas, y en su servicio debía morir poco después en Provenza.

Sin duda no hay literatura como la de esta época, que tan ligada vaya a la vida de toda la nación: los caudillos y los soldados de América son los historiadores y cantores de aquellas tierras, ya se llamen Hernán Cortés, Bernal Díaz o Erilla; los cronistas de la política europea, en España se llaman Diego Hurtado de Mendoza, Melo, Moncada, etc., son los soldados de la guerra contra los moriscos, contra los protestantes o contra el francés; los dramaturgos que ponen en escena las victorias de Flandes, Nápoles y América son los que, como Lope de Vega, combatieron en las islas Terceras y en la Gran Armada o como los que pelearon en el Mediterráneo oriental, Flandes y Rosellón; hasta Baltasar Gracián, a quien su conciencia del declinar inevitable de aquellas glorias parecía haberle de apartar del entusiasmo de los demás, fué conocido entre los soldados españoles en los campos de batalla y designado Padre de la Victoria.

GONZALO MENÉNDES PIDAL
(Del libro «Atlas Histórico Español»)

El Libro como poesía diaria

El libro requiere un orden de espíritu casi completo. No se puede leer por leer, so pena de no leer nada.

El hombre que lee ha de dedicar al libro un tiempo, una inquietud y una atención que, casi siempre, es interés. El hombre no suele dedicar al hombre estas tres cosas al mismo tiempo, o a la misma vez que, sin duda, es mejor decirlo así ahora. El libro necesita del hombre su entrega moral y material, íntegra en la mayoría de los casos; lo que el hombre, no. Y su lectura precisa un estado de ánimo particular en el lector; se lee en virtud de una emoción provocada en el hombre; aún cuando esta emoción no sea perceptible, existe. La curiosidad es también una emoción y quizá la más viva, la más intensa espiritualmente.

La poesía del libro nace ahí: de esa emoción sentida en un instante dado. El hombre lee por triste, por alegre, por olvido, por no saber que hacer, nunca por nada. Cuando lee por no saber que hacer, lee por curiosidad, porque precisamente no sabiendo que hacer, piensa en el libro; de pensar en él a curiosarlo, apenas si hay una gran distancia. Tristeza, dolor, alegría, olvido y ocio, no dejan de ser manifestaciones poéticas del hombre. Lo terrible sería que un hombre resolviera mentalmente una ecuación de segundo grado leyendo cualquier soneto, leyéndolo. Y no es que las matemáticas no tengan su poesía; todo lo contrario. El mejor poema lírico de Descartes fueron sus coordenadas. ¿Qué mayor lírica pudo inventarse distinta de esta?

El libro, sea el que sea, es nuestro contacto con la poesía, poesía de mundos y de cifras, de sentimientos y de colores, según el hombre y su carácter. Cada libro

tiene su encanto, incluso hasta el de su tontería cuando es tonto; a diferencia del hombre, en este caso, no dice verdades jamás, pero la tontería tiene también sus más y sus menos de poesía. ¡Cuántos libros hemos leído absolutamente infames de calidad y de cantidad que, algunas veces, recordamos, aún cuando solamente haya sido por su ausencia literaria! ¿Quién puede aventurar que el recuerdo no tenga su poesía, sea o no dolorosa?

Se debiera leer un libro cada día; debieran instituirse unas horas solemnes inapelables para leer, como las hay para dormir o hablar mal de la gente. El libro, cuando tiene un valor, es un complemento de la vida humana; el hombre no es ni mejor ni peor porque lee libros; en esto no cabe duda. Pero el hombre que lee y sabe lo que lee, se conoce a sí mismo y está mejor que nadie, preparado a conocer a los demás. Si, en realidad, todos nos conociéramos, creo que sabríamos limar muchas de las asperezas de que sembramos nuestra vida diaria; poseeríamos un sentido de lo justo y lo injusto que sabría decirnos cuando dejamos de ser lo primero y cuando no debiéramos ser lo segundo.

El libro es esa poesía diaria de la que no debiéramos prescindir. Un día espléndido nos inclina siempre a la generosidad como consecuencia de la alegría; un libro bueno, como consecuencia de su belleza, nos impulsaría también a ser generosos y a equivocarnos menos en tantas cosas como nos equivocamos.

La verdadera poesía del libro es ser el hombre mismo: su angustia y su afán, su dolor y su alegría; su vida y su muerte. Si de todo eso no hemos de sentirnos orgullosos, ¿por qué vivir?

FERNANDO GUTIÉRREZ

La beatificación de la Madre María Ana Mogas Fontcuberta

Dos religiosas del Convento de Santa Engracia, de Madrid, han estado en nuestra ciudad al objeto de recabar datos para iniciar el proceso de beatificación

En un número del pasado mes de Diciembre, publicamos unos ligeros datos biográficos de la sierva de Dios Madre María Ana Mogas Fontcuberta, hija de Corró de Vall y fundadora de la Congregación de Religiosas Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora.

Tal como dijimos en aquel entonces, se está trabajando por las religiosas de la Congregación por ella fundada, al objeto de iniciar el proceso de beatificación. Para ello hacen falta datos y referencias, pero principalmente en cuanto a su vida infantil, pasada en nuestra ciudad y en Corró de Vall, ya que de este período de su vida es muy poco lo que se sabe. Por otro lado es muy probable que existan en nuestra ciudad y comarca parientes de la esclarecida religiosa.

El proceso de beatificación de la citada madre fundadora de las religiosas de la Divina Pastora, no sólo debe interesarnos por su carácter religioso y por ser algo

que ha de redundar a mayor gloria de Dios, sino también por el interés, mínimo al lado del señalado, del honor que significaría para nuestra comarca el tener a dicha religiosa en los altares.

Durante el presente mes se han desplazado a Barcelona dos hermanas del convento de Santa Engracia, de Madrid, al objeto de personarse en los archivos parroquiales de diversas localidades de la comarca del Vallés para recabar datos.

Su labor no ha sido suficiente. Esperamos, no obstante, que todos aquellos que puedan dar referencias, bien sean personales de la citada Madre, cuya vida transcurrió del 1823 al 1886, o bien de su familia, se sirvan comunicárnoslas con la máxima rapidez, al objeto de que podamos dar traslado de las mismas a las religiosas citadas o bien que las envíen directamente por correo a la siguiente dirección: Religiosas Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora, Santa Engracia, 132, Madrid.